





MARIA! No sé yo mismo cómo me atrevo, yo, cuya alma es cielo y cuyo corazón es fango, á pronunciar con mis inmuudos labios este nombre más dulce que el panal, y más puro que el primer albor de la mañana, nombre que apenas se atreven á pronunciar los ángeles en el cielo, que inunda de bendición los mundos, y que hace estremecer á los infernos!

La más alta inteligencia humana, el más elevado sentimiento de la tierra no alcanzan á comprender todo el poderío y toda la gloria de María. Si un solo rayo de la gracia divina es tan poderoso que puede tornar á la vida un muerto y transformar en

un santo á un réprobo; si un rayo de ella tan sólo, abre á nuestra inteligencia horizontes sin término de luz, y á nuestro corazón abismos inconmensurables de amor, en verdad que yo me confundo y me anonado al considerar que en el alma inmaculada de la Virgen, según la frase santa, la gracia del Señor rebosa! Con razón Fray Luis de Granada, esa alma de paloma, inteligencia de ángel y palabra de amor, exclama, enajenado: ¡Cuánta, cuán grande y cuán dulce será la dicha de los bienaventurados, al mirar allá en el cielo á la Virgen María, tan pura y tan hermosa como lo es en sí!

No podemos nosotros ni siquiera imaginarnos la gloria de María en el cielo; pero aunque sin alcanzarla, sí podemos demostrárnosla hasta la evidencia. Es tal la gloria meramente humana, por decirlo así, de María, su gloria sobre la tierra y entre los hombres, que de no ser ella la prenda y como la muestra de la que realmente goza en el cielo, sería ésta su gloria sobre la tierra, un fenómeno inexplicable, más aún, un imposible, y un imposible sin objeto.

Después de Dios, la Virgen. María es la

primera de las criaturas. Necesitamos creer y adorar en su gloria y poderío ante Dios, porque de ellos nos responde su gloria sin ejemplo sobre la tierra: porque es tal como los católicos creemos la dignidad incomprendible de la Madre de Dios, ó la humanidad toda está demente, y los hombres todos, durante muchos siglos, no hemos sido sino visionarios estúpidos.

La gloria misma de María en la tierra, es la mejor prueba de su gloria ante Dios. Esta verdad que sin notarlo palpamos y presenciamos todos, es la que me propongo precisar ahora para nuestro grande regocijo, porque hablar de María es grata luz á la mente é inefable delicia al corazón. Hablemos de María para que el alma nos sepa á cielo. Hablemos de Ella, para poder vislumbrar á través de las nubes sombrías de nuestra existencia terrenal, la plácida luz de la bienandanza sin límite y sin término.

Decidme lo que es la gloria humana y cuáles son sus verdaderos y más comunes caracteres? Es el amor entusiasta de los humanos, brotado de la admiración; es el instinto más ó menos acertado de nuestra naturaleza hacia lo bueno, lo sabio y lo hermoso.

Si la gloria humana es la admiración, el amor de los hombres hácia un sér: mayor será esta gloria, miéntras ese amor sea más universal, más intenso y profundo, más elevado y entusiasta, más eficaz y abnegado.

Las virtudes raras veces son ensalzadas sobre la tierra. Suelen serlo las espléndidas y las heróicas, aunque pocas. Las silenciosas y humildes, por lo común no sólo no son glorificadas por los hombres, sino que son despreciadas y perseguidas. Los móviles, por decirlo así, de la gloria humana, las causas que la provocan, son, el valor, el poder, la fortuna y la sabiduría meramente humana, no la que fundada en el temor de Dios, y teniendo por objeto el cumplimiento de su voluntad, se confunde con la virtud, que es la suprema y única verdadera sabiduría.

A María, en el orden meramente humano, no tan sólo los elementos de gloria no le fueron favorables sino que le fueron todos adversos; y sin embargo, criatura alguna ha alcanzado en el mundo mayor gloria que Ella. Esta singular contradicción, esta antítesis moral por decirlo así verdaderamente inexplicable sin la clave de la creencia cató-

lica, es el hecho que debe maravillarnos sobre manera, y persuadirnos con la más profunda convicción, que María es realmente quien es, la Madre de Dios, la Reina de los cielos y la tierra, llena de gracia, de gloria y poderío.

En un orden meramente humano, criatura alguna ha tenido menos móviles de gloria en su favor que María. Abrid las tiernas páginas de su santa vida. ¿Fué poderosa? ¿Fué rica? ¿Fué humanamente sabia, es decir, lo fué á los ojos del mundo? ¿Habitó palacios y la obedecieron ejércitos? ¿Tuvo grandes arcas henchidas de oro? ¿Fué espléndida ó feliz su existencia? Recogido, humilde é ignorado fué su vivir. Llena estuvo su vida de infortunios, y abrevada de dolores y de silenciosas lágrimas,

Era hija de reyes; pero como esos grandes ríos cuyo origen se pierde en las montañas, el suyo era ignorado por el mundo. De padres humildes, desconocida y humilde vivió en Nazareth, cual paloma solitaria; y más tarde, dentro de los muros del santo templo y envuelta entre sus augustas sombras, como violeta que nacida en el flanco sombrío de la montaña, esparce su fragante aroma

perdida entre la yerba y á los últimos reflejos de las tibias luces de la tarde. Un oscuro artesano, de alma pura y corazón sencillo, fué el guardián de su vida solitaria. Ella iba por agua á la fuente de Nazareth, y ella hacia las labores de su pobre hogar. Desterrada, infeliz, pobre y sin recursos, atravesó el desierto huyendo del tirano. Confundida entre las santas mujeres que la acompañaban, siguió en sus predicaciones y milagros á su sacrosanto Hijo. Abandonada lloró sobre el Calvario su dolor incomparable. Retraída y humilde vivió en Efeso. Humilde, en fin, murió en Jerusalem, rodeada de unos cuantos de los discípulos predilectos. ¿Fué, pues, ilustre, poderosa ni sabia, en el orden humano? ¿Nació en alta cuna, se ciñó corona, mandó ejércitos, ó la obedecieron pueblos?

Fué rica al menos? Oh, nó! Pobre fué, demasiado pobre! Cuando estuvo desterrada en Egipto y vivió en Matahariat, pueblecillo cercano á Heliópolis, era la faena tan dura y el jornal tan escaso, que muchas veces no alcanzó el que ganaba el Señor San José, para el sustento de la Sagrada Familia, y el Hijo de Dios y su Santa Madre no

tuvieron para cenar ni un pedazo de pan. De que yo recuerdo que el Hijo de Dios y que su Madre María tuvieron hambre, no concibo cómo no temblamos en presencia hasta del pan que nos sustenta. ¡Lo habéis oído, tuvo hambre... hambre tuvo la Madre de Dios! ¡Quejaos ahora de que sois pobres!

¡Sus infortunios mismos tampoco fueron ilustres ni gloriosos! Cuando Simeón con su palabra profética le atravesó su corazón de Madre con un dardo de fuego, sólo Ella recibió la herida. Cuando perdió á su Hijo, quizá tan sólo los parientes que la acompañaban supieron su amarga inquietud. Sobre el Calvario, y durante la pasión toda de su Hijo, ni una mirada de compasión mereció al procónsul, á los legionarios romanos, á los enfurecidos sacerdotes, ni á las crueles turbas judías. Quedóse sola y en amargura incomparable sobre la tierra; pero sin que el mundo, con su admiración, consolara sus infortunios. Su vida llena estuvo de dolor, y henchidos de lágrimas sus ojos; pero sus lágrimas corrieron silenciosas y sin gloria, y sus dolores fueron mudos y sin ese lustre que arroja sobre el infortunio el

bálsamo de la compasión atónita de los hombres!

Considerada en el orden meramente humano, fué María el sér menos glorioso de la tierra, y es, sin embargo, la más alta gloria que ha existido y que podemos imaginarnos los hombres. Ved su gloria y decidme si hay gloria humana alguna que pueda siquiera ser comparada con la suya. Las glorias humanas de más intenso brillo, de más esplendorosa irradiación, comparadas con la suya, son opacas como el lodo comparado con una estrella; oscuras como las más densas tinieblas comparadas con las luces más vivaces! En todo el firmamento de la gloria humana, Ella sólo brilla como una estrella solitaria y nítida; todo lo demás es sombra.

La gloria, en último término, es el amor de los hombres. El amor de los hombres á María, es el más universal, el más intenso, el más eficaz y el más abnegado que después del de Dios conocemos los hombres. No hay gloria como la suya. Dejadme un momento comparar con la gloria de María, lo que nosotros los hombres llamamos nuestras grandes glorias. No soy un blasfemo:

quiero sólo intentar por un momento un paralelismo imposible, para que de él surja el contraste en toda su energía.

No acierto á explicarme con precisión la causa, quizá porque hieren la del sentimiento que es la cuerda más vibrante de nuestro corazón y la más fácilmente vulnerable; pero es el hecho, que los guerreros y los poetas, son los primogénitos amadorazgados de la gloria. Milciades y Pericles, Homero y Píndaro son la Grecia. Scipión y César, Virgilio y Horacio son Roma. La Italia toda son Dante y Tasso. La Inglaterra es Shakespeare, y la Francia se llama Napoleón ó Lamartine. César, hablando de sí mismo y de la guerra de las Galias, en sus "Comentarios" decía: "César general, les hizo comprender y admirar á los bárbaros Alobroges el poder de Roma en toda su majestad." Horacio, al concluir su última oda, exclamaba: "ya no moriré del todo;" y Ovidio vaticinaba que su musa no lo dejaría morir en la memoria de sus pósteros.

Elegid, pues, para intentar la comparación imposible, las dos figuras en armas y letras, que os parezcan más gloriosas. ¡Ho-

mero y César os parecen bastante gloriosos? El primero de los poetas es el uno, y el más inclito de los triunfadores es el otro. He elegido de intento las dos figuras, cada una en su línea, más insignes en los anales del mundo. Homero, en efecto, elevado y profundo en la idea, noble, tierno y puro en los sentimientos, grandioso y sencillo en las imágenes, viril y armonioso en el ritmo, es el poeta entre los poetas, el único poeta quizá original del mundo mental profano. César, cuya gloria costó al mundo tres millones de hombres, venció á cuantos pueblos combatió; nación alguna pudo resistirle; jamás fué vencido; venció á propios y extraños, y coronado con los laureles de la victoria, subió triunfante al Capitolio, entre las aclamaciones de sus terribles legionarios, y arrastrando como una cauda sangrienta en su embriaguez de ambición y de fortuna, los despojos del orbe vencido. Estos fueron César y Homero.

¿Y cuál es la gloria de estos hombres tan inclitamente gloriosos? Preguntadle á una mujer del pueblo pobre, quién fué Homero. Lo ignora. ¿Preguntad á un niño si sabe ¿quién fué César? No lo sabe. Los hombres

menos ignorantes conocen tan sólo el nombre de Homero, y los literatos han leído su Iliada y su Odisea con admiración; pero al cerrar el libro se han olvidado del autor. César sólo vive como un recuerdo inerte y frío en la memoria de algunos escolares, que sobre el texto mismo de sus "Comentarios" han aprendido á deshacer el hipérbato latino. He aquí su gloria.

Si no es una blasfemia, comparadla con la de María. Las razas del Norte y las del Mediodía, los pueblos del Oriente y los moradores del Occidente, levantan por doquiera templos para su gloria, y en todas las lenguas conocidas entonan cánticos en su alabanza. Los reyes ante Ella bajan sus cabezas coronadas; los guerreros inclinan sus armas; los sabios ponen los labios en el polvo, las mujeres lloran, y los niños hácia Ella tienden las manos y en sus altares la ofrece su inocencia flores. ¡Cuánto es amada, y cómo es amable nuestra blanda Madre!

El gran poeta, el grande artista, Tasso, le regaló á Rubens una pequeña Virgen de plata. Cuando Tasso se sintió próximo á la tumba, llamó al hijo de Rubens, y le dijo:

“Devuélveme la “Madona” que le dí á tu padre; quiero morir estrechándola contra mi pecho: cuando yo muera volverá á ser tuya; recógela de mis manos heladas y de mi seno yerto.” Así murió el gran poeta cuyo númen era flama fúlgida, y cuyo corazón era una urna de oro llena de bálsamo de amor. Bossuet, la más poderosa inteligencia de los tiempos modernos, esa cabeza henchida de pensamientos, apoplética de ideas, cuando en el frío clima de Meaux y en las altas horas de la noche se levantaba envuelto en su piel de cíbolo á comentar á Jeremías, de rodillas invocaba á María. En su santo nombre comenzaba Fenelon sus páginas incomparables, que parece escribir las sobre las más íntimas telas del corazón de su lector y con las lágrimas de su ternura. Napoleón el Grande, inclinaba también ante María, su alta cabeza cargada de genio y de laureles.

Los rudos campesinos, á María le encargan que llueva sobre sus sementeras. Bajo su manto se guarecen de las injusticias de los hombres, la viuda infeliz y el huérfano desvalido. Los mendigos, á Ella se aproximan con confianza; y los ricos, los felices del si-

glo, á Ella se acercan tímidos y suplicantes cual mendigos. Nuestras pobres indias de rostros atezados y corazones sensibles, nuestras queridas indias, abrumadas de abyección y de miseria, transidas de dolor, á María con una fé que nos edifica, y con un fervor que nos da envidia, á gritos la dicen sus cuitas y bebiéndose sus lágrimas á sorbos las infelices.

Al presenciar este múltiple espectáculo; al ver destellar así la gloria de María sobre las más altas inteligencias y los más rudos entendimientos; al verla así reflejarse en los más tiernos corazones y en los pechos más enérgicos; al ver como la aman los poderosos y los infelices, los grandes y los pequeños, los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños; nosotros también le decimos llorando, en verdad, Madre nuestra, no hay sobre la tierra amor tan extenso como el tuyo.

Y es el más intenso al mismo tiempo. La naturaleza humana degenerada, perdió con la gracia la ingenuidad. No somos sinceros los hombres; no dice la verdad el hermano á su hermano: con faz de alegría velamos nuestras penas, con semblante risueño nues-

tras iras, con máscara de doblez pretendemos engañarnos hasta á nosotros mismos. Sólo el miedo desenmascara á nuestra naturaleza envilecida; sólo la desgracia y el dolor, haciéndonos sinceros, nos revelan por completo nuestros propios sentimientos.

No miente el hombre á quien está probando la desgracia. El temor nos arranca confesiones íntimas. No hay amor tan profundo como el que está á prueba de dolor; no hay amor tan intenso como el que se acrisola en la tribulación. La madre cuyo hijo se muere en sus brazos, invoca á María. Implora su amparo la familia mísera que se siente desfallecer de hambre. Cuando el mar se enerespa, el horizonte se oscurece, las jarcias se rompen, y levantándose las olas como montañas, el océano enseña sus abismos y la nave zozobra; los pasajeros palidecen, y trémulos claman á María. Cuando los mineros descienden á las profundidades de la tierra, con ese pavoroso descenso que semeja un viaje fatídico á la región de las tinieblas y la muerte; cuando vacilan los ademes y comienzan los grandes peñascos á desgajarse con crugidos como lamentos, á María imploran esos hom-

bres habituados al peligro y á desafiar la muerte. No cesan de invocarla los soldados en la pelea, en esa doble demencia de ira y de miedo, en ese espantoso torbellino de sangre, de alaridos, de fuego, de acero y de lamentos. Los presos claman á María desde el fondo de su calabozo, y á María invocan hasta los mayores criminales al subir las gradas del patíbulo. ¿Qué es esto? Explicadme lo que significa.

María podrá ser ignorada; pero una vez conocida no puede dejar de ser amada. Las nubes sombrías de las pasiones, el ruido del mundo que nos aturde, ese afán de las cosas de la tierra que nos empuja y nos empuja sin piedad, los vapores infectos de nuestros vicios, tienen como oscurecido y adormecido en nuestra alma el amor de María; pero tan luego como la tribulación lo esclarece ó el dolor lo despierta, levántase dentro de nosotros mismos como un sol que surge de los mares. El amor á María penetra hasta la savia de la sangre y la médula de los huesos, se ingerta en la raíz del corazón y en el fondo del pensamiento, y parece amasarse con el alma toda.

Amor que es el grito instintivo en el do-

lor y que es más fuerte que toda tribulación, creedlo, es el amor, después del de Dios, el más intenso sobre la tierra. En su presencia, no hay amor que merezca siquiera semejante nombre.

Y es el amor á María, tan eficaz como intenso. Dejad que os haga palpar su eficacia maravillosa é incomprensible.

Confucio, á pesar de sus doctrinas estrechas y teorías mezquinas, llenas de odio al enemigo y de desprecio al extranjero, que han logrado, cadáver entre los vivos, aislar á un pueblo en medio de la humanidad, fué, sin embargo, un sabio para su tiempo, y para su raza. No me extraña, pues, que mientras ese pueblo para quien legisló, tenga elementos humanos de vitalidad, Confucio viva en su memoria con respeto; como Licurgo fué respetado por los espartanos, y por los atenienses, Solón; como vivió Zoroastro en la memoria de las persas. Aun cuando sus doctrinas sean muy inferiores, á las de Sócrates y Platón por ejemplo, naturales, que habiendo sido realmente un filósofo entre los suyos, sea tenido como tal por ellos.

Mahoma, en el orden religioso, fué un

impostor solemne. Erró capitalmente en la individualidad, en la familia y en la sociedad, en estas tres bases fundamentales de todo orden humano. Suprimiendo con el fanatismo la libertad humana, trasformó al hombre en una fuerza ciega, en un animal inconsciente. Degradada la mujer por la poligamia y la esclavitud, cegó en su fuente el origen y el ser moral de la familia. Dando por sola base el fanatismo y el miedo á la sociedad, y por coronamiento el despotismo, hizo imposible todo otro orden social que no sea el reinado del terror y el predominio de la fuerza. Encargando la propagación religiosa al hierro y convirtiendo la cimitarra en apóstol, su religión progresó con la victoria en la guerra, y murió con la derrota. Religión de la fuerza bruta, donde la Media Luna retrocedió el Corán perdió terreno.

Mahoma, considerado en otro orden, fué el marido de una viuda opulenta; y en el tráfico de caravana, hizo como comerciante, montes de oro con sus ganancias. De una imaginación poética hasta la alucinación, valiente y resuelto, rico como un rey, exaltó hasta la demencia casi, el valor de un

pueblo fanático y rapaz, y lo lanzó intrépido á la pelea y á la conquista. Mahoma que fué un gran poeta y un gran guerrero, no me sorprende que viva aún, donde aun perduran sus conquistas. Tampoco me extraña que sea evocado por sus sectarios para sus crueles venganzas y sangrientos despotismos, ni que de él se acuerden para su torpe sensualismo y su disolución brutal. Sorprenderíame, sí, que sus creyentes, en nombre de Mahoma, perdonaran á un enemigo ó abandonaran sus harenes. Nemesis y Venus fueron también deidades gentiles. No necesitan un Corán las pasiones para erigirse en religión. El error con sus tinieblas y el vicio con sus cadenas, bastaban para fundarla.

Lo verdaderamente maravilloso, lo humanamente inexplicable, es que el amor á la Doncella inmaculada de Nazareth, á la madre doliente del Calvario, sea tan eficaz en el corazón de los hombres, débiles é inclinados al mal de por sí: que les dé fuerza para sobreponerse á su miseria y á su maldad nativas. Más fácil es hacer brotar agua de una piedra como Moisés, que de por sí lágrimas en un corazón endurecido. Menos

difícil es que los peces vuelen por los aires y las aves naden dentro de las aguas, que broten espontáneamente las flores de las virtudes en el corazón mismo que corrompió el pantano infecto de los vicios. Muy eficaz debe ser el amor á María, para que haga abrir la mano del avaro, para que haga que el sensual se levante ligero del florido lecho de sus deleites, para que haga que la joven incanta, la mujer débil, sea más fuerte que el placer y el oro. Muy eficaz debe ser el amor en cuyo nombre la injuria queda olvidada y el enemigo es amado.

¡ Amor, que trasforma corazones, desarraigas costumbres y hasta cambias naturalezas; que haces apacible al iracundo, al torpe casto, humilde al soberbio, y desprendido al avaro; amor de los amores, muy grande debes ser para obrar tales prodigios! ¡ Amor potente de María, amor purísimo henchido de poder, raudal inmenso en la virtud fecundo, grande, muy grande debes ser para haber arrastrado al ardiente San Gerónimo, cuya alma era de acero y de fuego, desde el estruendo y los placeres de Roma, hasta las ásperas soledades del desierto;